

ÍNDICE

Introducción..... 11

1. Cuestión de centímetros..... 13

De los 2 metros a los 7 pies - Y seguimos creciendo - Fórmulas de predicción - Operación Altura - ¿Descalzo o calzado?- Reglas antigigantes - La revolución *Magic Johnson* - De África a Asia* - Giant Step y Big Men, academias de superpívots - Un valor añadido excepcional - El reto de dar la talla

2. Superpívots jurásicos..... 49

Los primeros gigantes: Mikan (2.10) y Kurland (2.07) - Los primeros 7 pies: Morgenthaler y Siewert - Otten (2.10) y Dukes (2.13) toman el relevo - Dos montañas soviéticas: Krouminch (2.18) y Andreiev (2.17) - Freiburger (2.10) también estuvo en Helsinki - *Swede Halbrook*, una anécdota de 2.20 - Lefebvre: un 2.18 francés en el *draft* de 1960 - Emil Rached, el brasileño de 2.23 - ¿Y quién demonios fue George Bell?

3. Cracks gigantes..... 62

Wilt Chamberlain, el 2.15 de Hollywood - Lew Alcindor (2.18) cae del cielo - Artis Gilmore, un 2.18 en la sombra

4. La era de los 2.20..... 73

El *efecto Tkachenko* - Paso a Chuck Nevitt (2.26) y Mark Eaton (2.23) - Ralph Sampson: 2.24 y número 1 - Un granjero de 2.23: Randy Breuer - Rick Smits (2.23), el tulipán gigante - El *fenómeno Sabonis*

5. Apuntando a los 8 pies..... 90

2.30: el experimento Manute Bol - La esperpéntica his-

toria del 2.29 Jorge González - Gheorghe Muresan, el Drácula de 2.31 - Un predicador de 2.29: Shawn Bradley - Yao Ming (2.29), gigante de marketing - Gigantes en proyecto

6. Gigantes made in Spain..... 109

Francesc Borrell: el primer 2 metros - Segun Azpiazu: un 2.11 zurdo por defecto - Los 2.08 de Miguel Angel Estrada - Fernando Romay, un 2.13 para la historia - Miguel Tarín (2.17): la esperanza frustrada - Roberto Dueñas: el *crack* de 2.21

7. Gigantes de Guinness..... 125

Alí Nashnush (2.45) o Chris Grener (2.43) - Syzonenko, un 2.40 con el techo a 10 centímetros - Nicolai Zobolotny, un 2.39 de mentirijillas - Akhtaev: el idolatrado checheno de 2.38 - Ri Myong: el 2.36 de la Guerra Fría - Mu Tie Chu (2.35) y Okayama (2.33), gigantes de ojos rasgados - Andy Charlton: el 2.54 que no lo fue - El último techo: Sultan Kosen (2.42)

Epílogo.....139

(*) estos dos capítulos están basados en los reportajes publicados por Julián Felipo en acb.com.

1. CUESTIÓN DE CENTÍMETROS

De los 2 metros a los 7 pies

Es cierto que los tipos altos ya no generan en la actualidad tanta expectación y curiosidad como décadas atrás. Es lógico: ahora hay más. Especialmente en el mundo del baloncesto.

Pero cuando a alguien le presentan a algún chaval tirando a grandote todavía es habitual escuchar frases del estilo de "con lo alto que eres te podrás dedicar al baloncesto" o "tú debes jugar a baloncesto, ¿no?". O si tú mismo, loco o profesional del baloncesto, te cruzas inesperadamente por la calle con un jovencuelo más estirado que los demás, seguro que lo primero que te pasa por la cabeza es preguntarte si ya tiene equipo y si es, o podría llegar a ser, un buen jugador. De hecho, las biografías de muchos de los jugadores más altos de la historia empiezan así, con un halo de leyenda: descubiertos en una cacería de leones en África o esperando tranquilamente un autobús en Móstoles. Y es que si algo se identifica de inmediato con el baloncesto es la estatura.

Hay excepciones, por supuesto. Algunas tan espectaculares como la del base Tyrone Bogue, quien pese a medir sólo 1.59 jugó 14 temporadas en la NBA y en 1986, siendo aún universitario, se proclamó campeón del mundo con la selección de Estados Unidos. O como la de su compatriota *Spud Webb*, quien con 1.67 también fue durante muchos años jugador profesional... ¡y llegó incluso a ganar un concurso de mates! Pero Bogue y Webb fueron eso, excepciones. Lo normal es que los jugadores de baloncesto, sobre todo los profe-

sionales, sean de estatura muy superior a la media.

Probablemente no es lo que pretendió James Naismith cuando inventó este juego en 1891. Sus trece reglas originales estaban especialmente diseñadas para primar la habilidad (lo que hoy denominamos técnica individual) más que la potencia física. Pero casi desde el primer momento, y sobre todo a partir de la organización de los primeros campeonatos oficiales, algunos de ellos ya profesionales, fue inevitable que el baloncesto evolucionara hacia lo que ya siempre ha sido: el deporte idóneo para los jugadores altos. Y con el tiempo, más que altos, gigantes. La razón es bien sencilla: cuanto más alto se es, más cerca se está del aro. Y más fácil es anotar. Al menos en teoría. Pero los hombres altos, y más aún los gigantes, no sólo son valiosos por eso. También aportan otras dos cualidades que con el paso del tiempo se fueron haciendo más y más importantes hasta haberse convertido, en el baloncesto actual, en determinantes: la capacidad de rebote y la intimidación defensiva.

El rebote ha sido siempre uno de los factores decisivos del juego. Es evidente: cada rebote asegura una posesión. Ya en los primeros tiempos, cuando no había tiempo límite para el ataque, un solo rebote podía dar la victoria. Ahora ya no es así, pero su importancia no ha disminuido. Al contrario: en defensa, un rebote recupera el control del balón y, con suerte, permite salir al contraataque; y en ataque posibilita un segundo tiro y da inicio a una nueva cuenta de 24 segundos.

No es de extrañar, pues, que los rebotes hayan sido y sigan siendo una verdadera obsesión para los entrenadores. Ya a finales de la década de los años 70, por poner un ejemplo, el entonces seleccionador español, Antonio Díaz Miguel, llegó a garantizar un puesto en su equipo a cualquier pívot capaz de asegurar una media de 10 rebotes por partido. Una cifra nada fácil de firmar, ni en aquel entonces ni en el baloncesto actual.

Para ser un gran reboteador no basta con ser alto, por supuesto. Es necesario también saber ganar la

posición y, sobre todo, tener un buen tiempo de salto. Ha habido y hay grandes reboteadores bajitos. En la NBA lo fue Wes Unseld en la década de los años 70 con sólo 2.00; y posteriormente también lo fue Charles Barkley, quien ni siquiera llegaba a los 2 metros. En el baloncesto europeo de los pasados años 80, el estadounidense Clarence Kea fue un referente reboteador con sólo 1.99; y en la actualidad, en nuestro baloncesto, Felipe Reyes está siempre entre los máximos reboteadores a pesar de medir bastantes centímetros menos que muchos de sus rivales directos. Pero también ellos son jugadores excepcionales. En general, cuanto más alto, más posibilidades de conseguir rebotes; o al menos de intentarlo.

Los jugadores más altos han afianzado su importancia también por la evolución del juego hacia parámetros más defensivos especialmente en la última década y media. Una de las claves en defensa es la intimidación física, y quienes más pueden intimidar son los más altos, no sólo por su estatura sino también por su envergadura: la medida que alcanza un jugador con los brazos extendidos en cruz, desde la punta de una mano a la punta de la otra. Cuanto más largos son los brazos, más capacidad para una de las acciones intimidatorias por excelencia: el tapón, o la amenaza de tapón. Y normalmente la envergadura es mayor cuanto más alto es el jugador.

Pero los gigantes no han sido claves sólo en la evolución del juego en defensa. De hecho, en lo primero en que influyó la aparición de jugadores cada vez más altos fue en el ataque. A medida que los pivots grandes mejoraban su capacidad técnica y podían hacer más cosas que coger rebotes y colocar tapones (lo primero y casi lo único que se exigía de ellos), los sistemas pudieron dar mayor protagonismo a sus propios tiros; sobre todo bajo canasta, claro. Pero no sólo eso: también potenciaron el papel de los tiradores exteriores, tanto por la eficacia de sus bloqueos como por la seguridad que daba tener un gran pivot luchando por el

posible rebote en superioridad física respecto a gran parte de sus rivales.

Por todo ello la inmensa mayoría de los entrenadores han querido, quieren y seguirán queriendo contar en su equipo con cuantos más kilos y centímetros mejor. No hay en la actualidad equipo que aspire a ganar títulos sin más de media plantilla por encima de los 2 metros de estatura. Como mínimo. Por ejemplo el campeón de Europa en 2003, el Barça, tenía una plantilla con una estatura media altísima, con hombres como Roberto Dueñas (2.21), Gregor Fucka (2.15), Patrick Femerling (2.13), Anderson Varejao (2.08) y Dejan Bodiroga (2.05); incluso entre los suplentes tenía un gigante, el holandés Remon Van de Hare (2.20). Y es que en aquella plantilla, que también ganó los títulos de Liga ACB y Copa del Rey, sólo tres jugadores (Juan Carlos Navarro, Nacho Rodríguez y Sarunas Jasikevicius) medían menos de 2 metros.

Está claro: los jugadores altos (y los muy altos) pueden ser decisivos. Por eso en las últimas décadas todos los equipos del mundo han multiplicado sus esfuerzos por encontrar jóvenes de muchos centímetros para intentar convertirlos en grandes pívots. En especial los equipos de la NBA, gracias a una estructura absolutamente profesional y equipos de ojeadores repartidos por casi todo el mundo, han invertido e invierten en ello mucho tiempo y recursos. Además, el acceso a la información es cada vez mayor, de modo que la existencia de hombres altos difícilmente escapa ya al conocimiento de entrenadores y/o agentes de jugadores. El resultado es que cada década que pasa hay más jugadores altos, y más altos. Y en consecuencia, también se ha ido desplazando la línea que separa a los altos de gigantes.

En los inicios del baloncesto profesional, hace ya tres cuartos de siglo, la medida base eran los 2 metros. Salvo contadísimas excepciones, el jugador que los alcanzaba acostumbraba ser el más alto; y el que los sobrepasaba, era un auténtico gigante. Pero de unos y

otros había pocos. Uno de los primeros grandes dominadores del juego interior en el baloncesto estadounidense, en la década de los años 30 fue Charles Cooper. Pesaba 100 kilos y le apodaban *Tarzán* porque bajo los aros era físicamente casi insuperable. Pero sólo medía 1.90. En el baloncesto español, uno de los primeros pivots determinantes fue Alfonso Martínez. Internacional indiscutible y considerado entre los mejores jugadores interiores de Europa en la década de los 60, Alfonso medía 1.97.

Y es que en realidad no hace tanto, apenas 40 años, de cuando tener en la plantilla un jugador de 2 metros o más era poco menos que un lujo; y tener varios, una excepción. Evidentemente ya no es así. Ahora la frontera que separa a los jugadores altos de los gigantes está alrededor de los 7 pies. Un jugador de 2.13 ya no es un gigante sino simplemente un jugador de los altos. Y los de 2 metros, los gigantes de antaño, son prácticamente jugadores de estatura estándar. Tanto es así que cuando en el transcurso de un partido se dice que tal entrenador, en un giro táctico, ha puesto en cancha "un cinco de bajitos", como mínimo un par o tres de ellos son hombres de 200 centímetros de estatura.